

# El café y el arte de la conversación

Juan Carlos Pacheco Giraldo\*  
Universidad Libre

Decía Michel de Montaigne, en su ensayo *El arte de conversar*, que prefería la controversia y la contradicción al puro acuerdo. En efecto, aquellas no le despertarían la cólera y sí la atención. Más aún: podía considerar un triunfo el hecho de que un adversario lo doblegara con juiciosos razonamientos y una derrota, en cambio de ganar con argumentos débiles.

Pero señalaba:

Difícil es, sin embargo, atraer a esta costumbre a los hombres de mi tiempo, quienes no tienen el valor de corregir, porque carecen de fuerzas suficientes para sufrir el ser ellos corregidos a su vez; y hablan además con disimulo en presencia los unos de los otros<sup>1</sup>. (Montaigne, 2010, p.216).

¿No significa acaso que cuando se discute con cólera y con saña se abre el camino de la animadversión? Se trasladan entonces los argumentos de la sana disputa a los argumentos *ad hominem*, es decir contra el hombre. Para Montaigne, quien era un hombre moderno en una tierra todavía medieval, la disputa debería llevar a la verdad. Pero, ¿esa no era la pretensión del diálogo socrático? Y más aún, en caso de no triunfar, definitivamente el asombro y la paradoja deberían impregnar al espíritu.

---

\* Sociólogo con maestría en Ciencias Sociales con énfasis en Ciencia Política de FLACSO-Sede Ecuador. Docente investigador de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Libre. Correo electrónico: juanc.pachecog@unilibrebo.edu.co.

<sup>1</sup> Montaigne, Michel de (2010) *Del arte de platicar. Ensayos Escogidos*. Editorial Universidad de Antioquia, pág. 216.

¿No debería ser la libertad otra característica de la conversación? El ensayista francés lo plantea de otra manera cuando rechaza la tiranía. Y por qué no decirlo: la buena conversación debería dar paso ligero a la invención, fruto ella del juego creativo de ir y volver, de dejar volar la imaginación, de proponer imágenes y conceptos nuevos. La conversación, como lo quería Sócrates, se convierte en una pedagogía, ya no solo cognitiva, sino también emocional y moral.

¿Pero dónde se dio por excelencia esta pedagogía? En los que serían los mejores sitios para una amable conversación: los cafés. Cómo no recordar, por ejemplo, los muy famosos y que todavía sobreviven<sup>1</sup> (El Mundo, 2015): el *Café Procope* (ubicado en el Barrio Latino en París), que se jacta de ser el café literario más antiguo del mundo, fundado en 1689 y ligado a *L'Encyclopédie* y a Diderot, a las reuniones de Voltaire y Rousseau y a las ideas de la Revolución con Danton, Robespierre y Marat.

Está también el *Café Greco* en Roma (o *Antico Caffè Greco di Roma*), abierto en 1760

<sup>1</sup> Agradezco la ubicación de los cafés al diario El Mundo de Madrid, en su página web OCHOLEGUAS.com), quien nombra diez famosos cafés con historia. Véase OCHOLEGUAS.com. El portal de viajes de ELMUNDO.es (14 de noviembre de 2013) "Diez cafés con historia". En: <http://www.ocholeguas.com/2013/10/30/europa/1383126913.html>. Consultada el 7 de agosto de 2015.

en el número 86 de Via Condotti. Allí pasaron personajes como Franz Liszt, Wolfgang Goethe, (Henri Beyle) Stendhal, John Keats, Lord Byron, Hendrik Ibsen, Hans Christian Andersen, Richard Wagner, Felix Mendelssohn, George Bizet y Orson Wells. También fue frecuentado por pintores españoles a mediados del siglo XIX como Eduardo Rosales, Casado del Alisal, Mariano Fortuny o Dióscoro Puebla. Y en los años cincuenta del siglo XX por María Zambrano y Ramón Gaya, exiliados en Roma.

Se puede nombrar al *Café Florian* (en Venecia), fundado en 1720 inicialmente con el nombre de *Alla Venezia Trionfante*, y ubicado en la famosa Plaza de San Marcos. Si fue patrocinado por personas como Goldoni, Goethe y Casanova, se le recuerda por haber sido el primero que permitió la entrada de mujeres a sus instalaciones. Por él pasaron Lord Byron, Marcel Proust y Charles Dickens, frecuentes clientes del café. A él también fueron a parar revolucionarios jacobinos de la Revolución Francesa, por lo que tuvo que ser cerrado temporalmente. Después pasarían patriotas venecianos, de la revolución que buscaba la independencia de Venecia frente a Austria. En 1893 el café fue el anfitrión de la *Esposizione Internazionale d'Arte Contemporanea*. Hay que recordar que desde 1988 hospeda una exhibición bienal de arte ("*Temporanea, the art of possible at the Caffè Florian*"), que invita a diversos artistas italianos y de otras nacionalidades.

También se encuentra el *Café Gijón* en Madrid, con poetas y artistas como clientes desde 1888, pero que estuvo a punto de desaparecer en 2012. Según el diario ABC, el café fue un templo de tertulias, en donde pasaron escritores de la Generación del 27 como Gerardo Diego, la Escuela de Madrid, la Escuela de Vallecas, el grupo «El Paso» o Benito Pérez Galdós. Se cuenta que Pío Baroja escuchaba 'embelesado' a Madame Pimentón, una cantante callejera que imitaba a Edith Piaf (Serrano, 2013).

Pero también se podrían nombrar más cafés: *A Brasileira* en Lisboa, con música de fado, en donde tomó café Fernando Pessoa; el café *Els Quatre Gats* en Barcelona, lugar en donde Picasso expuso sus obras individuales y que es mostrado en una película de Woody Allen (*Vicky, Cristina, Barcelona*); el café *Zavárna Slavia* en Praga, que fue retratado en las obras de Kafka y Rainer María Rilke, teniendo como clientes a disidentes del comunismo, entre otros a Václav Havel protagonista de la ‘Revolución de Terciopelo’; el café *Royalty* en Cadiz, fundado en 1912 y con clientes como Manuel de Falla, el famoso compositor de esa ciudad. Y dentro de este grupo se puede nombrar al café *Odeón* en Zürich, en donde Albert Einstein dictó algunas de sus conferencias de 1911, habiendo tenido también a visitantes como Benito Mussolini, Thomas Mann o la bailarina Mata Hari (El Mundo, 2015).

El caso de Viena es emblemático y nos servirá para reforzar la ‘pedagogía del café y la amable conversación’. Esta ciudad, capital del Imperio Austro-húngaro, simplemente es deslumbrante. No solo hablamos de Sigmund Freud y su maestro Franz Brentano (quien también tuvo en esta ciudad como discípulos a Edmund Husserl y a Christian von Ehrenfels, este último padre de la Gestalt), sino también del Círculo de Viena, de Karl Popper, de Karl Kraus y su periódico “La Antorcha”, de Adolf Loos y la escuela arquitectónica de la BauHaus, de Wittgenstein, de los escritores Arthur Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal, Theodor Kerzl, Herman Rahr y también de nada menos que de Stephan Zweig y Robert Musil. Hay que recordar que también en Viena hizo presencia Arnold Schönberg, fundador y creador de la música atonal, pero igualmente Gustav Mahler, el compositor post-romántico con sus armonías disonantes. Finalmente se podría recordar a Gustav Klimt, el pintor simbolista, que había nacido cerca de la capital y que fue educado en la escuela de artes y oficios de esta ciudad.

¿Qué pudo suceder en Viena para que se diese tal explosión brillante de genialidades en la ciencia, las artes, las humanidades y la filosofía?

Uno de los secretos estaría en los cafés de la capital austríaca. En efecto, si en 2011 ellos fueron declarados patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO, su tradición viene desde el Imperio Otomano, pero tienen como época dorada los fines del siglo XIX y los principios del siglo XX. Así nos lo recuerdan Alan Janick y Stefan Toulmin en su libro *La Viena de Wittgenstein* publicado en español por Taurus (1974):

En Viena la vida artística estaba centrada sobre los cafés, donde se encontraban sus exponentes, charlaban y más tarde se iban a casa; todos excepto Altenberg, pues Altenberg vivía en el Café Central. (p. 102)

Este era el transfondo del círculo de jóvenes poetas, reunido en torno a Arthur Schnitzler y Hermann Bahr, que tenía sus encuentros en el café Griensteidl y al que, se conocía con el nombre de Jung Wien: sus miembros más distinguidos fueron Hugo von Hofmannsthal y Stefan Zweig (p. 54).

Eran jóvenes que, huyendo de las exigencias de sus padres comerciantes, se refugiaron en los cafés, donde se encontraban los artistas. Esto nos lo señala,

por ejemplo, la Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán, en su artículo *Los cafés nacieron en Viena*.

Por aquel entonces algunos cafés vieneses como el Griensteidl eran centro de reunión de los grandes literatos como Arthur Schnitzler, Hugo von Hofmannsthal, Karl Krauss o Richard Beer-Hofmann. Cuando se cerró en 1897 el Griensteidl, literatos y bohemios se trasladaron al Central, donde León Trotski jugó más de una partida de ajedrez mientras se gestaba en Rusia la revolución (2009, p. 5).

¿Qué pasaba en los cafés? Se conversaba. Era una pedagogía informal, en donde se podía acoger a cualquiera, en cualquier café.

Un recuerdo lo tiene la ciudad de Bogotá a principios del siglo XX. Nos lo recuerda Hernando Téllez, nombrando por ejemplo al café *Las Botellas de Oro*, hacia la esquina de la calle diez, donde hoy se encuentra el Palacio Cardenalicio en la Plaza Bolívar: “Allí concurrían los bogotanos parlanchines, los hacendados sabaneros, los políticos beligerantes, a escanciar sus vinos aperitivos, a degustar los coñacs de la época y a ‘arreglar el país’” (1976). Estaba también el café-tertulia-restaurant *La Bodega de San Diego*, en la carrera séptima con calle 26, “donde se dieron cita los conjurados del 10 de

febrero de 1909 que intentaron el asesinato del presidente, general Rafael Reyes” (1976).

Téllez también nos recuerda el *Café Windsor*, que:

.. fue célebre y popular hasta la década de los “treinta”. Estuvo situado en la esquina de la calle 13, con la carrera séptima, en los bajos del Hotel Franklin, donde murió el General Benjamín Herrera. Allí se reunían principalmente los políticos y al mediodía hasta había música para amenizar la tertulia, piano y violín, generalmente, que ejecutaban temas populares del momento (1976).

Había otro famoso café:

En la calle catorce, pocos pasos arriba de la misma carrera séptima, el Café Riviere concentraba a las horas del mediodía una concurrida tertulia de comerciantes, políticos e intelectuales, a saborear sus deliciosas empanadas humedecidas con sifón y cerveza y a tomar los aperitivos vespertinos, brandy, porque el whisky todavía no había “colonizado a Bogotá”, y algunos a matar el frío con puros anisados de fabricación ya nacional (1976).

Existían otros, nos sigue recordando Téllez: el *Café Inglés*, *El Colombia*, *el Molino*, *el Gato Negro*, los cuales fomentaban reuniones de “escritores, políticos, intelectuales y bohemios, conocidos entre sí, pero respetuosos también entre sí, sin mezclarse en sus tertulias, en una Bogotá que defendía su ambiente colonial, santafereño y señorial e intelectual, de la embestida arrolladora de la metrópoli” (1976). Se pueden adicionalmente recordar el café-restaurant llamado *El Boulevard*, donde se celebraron famosas tertulias y el *Martignon*, frecuentado por escritores y periodistas de los años treinta.

También estaban, hacia el Parque Santander el café *La Gran Vía*, donde “concurrían, entre muchos, el maestro

León de Greiff, Eduardo Castillo, César Uribe Piedrahíta, los Zalameas, Felipe Lleras, Emilio Murillo, Federico Rivas Aldana —“Fray Lejón”—, el “chato” Murillo, su propietario y admirador, y donde se despidió de la vida, rubricando su adiós con un disparo, Ricardo Rendón”, nos seguirá diciendo Hernando Téllez.

Hacia las décadas de los años treinta y cuarenta, como nos lo recuerda Jaime Iregui, se encontraban dos emblemáticos cafés, antecesores de *El Automático*<sup>1</sup>. Hacemos referencia principalmente a dos: al *Windsor* (arriba nombrado) y al *Asturias*. “Todas las tardes a las cinco, y todos los domingos de una a siete de la tarde, se reunían León de Greiff, Luis Tejada, Carlos Pellicer, Rafael Vásquez, Luis Vidales, Ricardo Rendón, Rafael Bernal, Hernando de la Calle, Germán Arciniegas, Juan Lozano y otros”, contará Iregui (p. 16). Y ¿qué se hacía? Tomar tinto por más de cinco horas, recitar poemas y leer prosa recién escrita. ¡Qué resistencia la de esos hígados artísticos! Y ¡qué luminarias las que allí estaban! Infortunadamente “El Bogotazo” acabó con estos cafés, donde los dos últimos nombrados (los cuales estaban ubicados en la Calle Real con Avenida Jiménez) fueron reemplazados por *El Automático*<sup>2</sup>.

En un artículo de 1962, titulado *La historia del café El Automático*, la revista *Cromos* recordaba, en palabras de Fer-

nando Jaramillo Botero, dueño del café, una historia asociada a la intelectualidad bogotana:

—El café estaba quebrado; tenía un pasivo de 25.000 pesos, pero resolví comprarlo. Inicialmente era un “güeso”. Era el tiempo de la violencia y caían allí muchos poetas y pintores con hambre, sin cinco en el bolsillo. Me decidí a ayudarlos como “pa’ sostener la caña”. Muchas veces tenía que llevar surtido del “San Francisco” a “El Automático”.

En 1950 había llegado de Barranquilla el pintor Orlando Rivera (“Figurita”) y no pudo conseguir que ninguna entidad le patrocinara una exposición. Llegaba a “El Automático” en busca de quién le ofreciera un tinto y a pedirle prestado algo a Jaramillo, quien un día le dijo: “Colgá pues esos cuadros aquí a ver qué pasa”.

—Después —agrega Fernando— le tuve que pasar unos pesos para que se diera sus “toques” de marihuana, pues me decía que se desesperaba cuando le faltaba la yerba.

Sobre aquella primera exposición de “El Automático” escribieron los más conocidos cronistas y llegaron a afirmar que “en Bogotá había ya un Montmartre”. A Riverita le hicieron reportajes y sus obras se discutieron con un balance a su favor.

Ese fue el comienzo de la galería de El Automático.

<sup>1</sup> Lo mejor de las escenas en este café nos las cuentan sus protagonistas Antonio Montaña, José Luis Díaz Granados, Álvaro Bejarano y Alberto Zalamea, consignadas ellas en el delicioso libro “Café El Automático, arte, crítica y esfera pública” del año 2009. Hay que agradecer esta publicación a los investigadores Jaime Iregui, Diana Camacho, Lilibian Merizalde, Gustavo Niño, Manuel Hernández y Camilo Sarmiento, al igual que a la Alcaldía de Bogotá y la Universidad de los Andes (editores), así como la introducción de las fotografías del maravilloso Sady González.

<sup>2</sup> Este famosísimo café, hoy desaparecido, ha sido reemplazado en la actualidad por un local “minimalista” de ventas varias de tartas y cafés al modo “gringo”.

Como ya aquello estaba convertido en el “centro de la intelectualidad”, los apasionados del ajedrez, como León de Greiff y su hijo Boris, también convencieron a Jaramillo para que creara allí un sitio para hacer campeonatos. Al poco tiempo nombraban a Fernando presidente de la Liga de Ajedrez de Cundinamarca.

—Yo acepté —dice— aunque no sé nada de ajedrez. Si me preguntan qué es un peón o una reina no puedo contestar (Cromos, 1962).

**Foto 1:** León de Greiff en *El Automático* con otros intelectuales de la época



Fuente: Foto Sady González.

En: <http://banrepcultural.org/sady-gonzalez/exposicion/bogotazo/maestro-leon-de-greiff-en-el-cafe-el-automatico>

¿Qué se hacía? Conversar, conversar y conversar. Era obviamente una conversación de artistas e intelectuales.

También se podría nombrar al café *La Paz*, ubicado en la Calle 19, arriba de la carrera séptima, el cual, en la década de los años cincuenta, se convirtió en un

sitio a donde acudían intelectuales de la talla de Estanislao Zuleta, con su amigo, el escritor Eduardo Gómez<sup>1</sup>.

En el café *La Paz* de Bogotá los dos escritores tuvieron múltiples encuentros y tertulias en los cuales primó la amistad por encima de los intereses políticos e ideológicos (sin que estos fueran de segundo orden) y donde coincidieron con otros escritores e intelectuales de vital importancia en el momento, como los que para entonces conformaban la revista *Mito* (1955-1962), publicación decisiva en el devenir literario (y político) del país (Gómez, 2014).

Y sigue recordando el amigo de Estanislao:

Los diálogos con Zuleta (siempre en el café La Paz), preferiblemente en horas de la tarde, se hicieron diarios. Durante varias horas bebíamos algunas cervezas y a veces íbamos a comer. Era una cita tácita sin hora precisa pero a la que no fallábamos. El café La Paz era un local pequeño y tranquilo de dos pisos, ubicado en una “muela” de la antigua calle 19 (entonces estrecha y ciega) y yo lo frecuentaba desde antes de conocer a Zuleta porque tomaba las tres comidas en la pensión de doña Emelina Velásquez (hermana del famoso guerrillero Cheito Velásquez, por entonces ya muerto), situada una cuadra arriba del café mencionado. Yo había escogido esa pensión para “ayudar a la hermana de un guerrillero”, y allí me encontraba con algunos conocidos de la izquierda que vivían o comían en esa vieja casona. Zuleta estaba alojado al frente del café La Paz, en uno de los venerables apartamentos (propiedad de sus tías) de un viejo edificio (que todavía existe), situado unos metros arriba de la séptima sobre el costado norte. Por entonces, ese café

<sup>1</sup> Véase el documental sobre Estanislao Zuleta, en: [https://www.youtube.com/watch?feature=player\\_detailpage&v=oKdTq2OuM\\_o](https://www.youtube.com/watch?feature=player_detailpage&v=oKdTq2OuM_o)

ya era frecuentado por el grupo de la revista Mito. Allí conocí a Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus y Hernando Valencia Goelkel, los cuales subían de vez en cuando a conversar con nosotros. Pronto se fue formando un grupo de asistentes habituales a la tertulia, entre los que recuerdo a Manuel Gaitán (sobrino del líder sacrificado), el periodista Rafael Maldonado, el actor y director de televisión y cine Manuel Franco, Ramiro Montoya (quien se perfilaba como cuentista), así como, ocasionalmente, Jorge Child, Francisco Posada Díaz, joven estudioso de filosofía, y otros (Gómez, 2014).

Este arte de conversar se ha conocido desde la óptica literaria como ‘tertulia’<sup>1</sup> y sin duda lo que pasaba en *El Automático* o en el café *La Paz* indudablemente eran tertulias. Pero ellas ya estuvieron presentes en la época colonial en la misma Santa Fe de Bogotá, como nos lo recuerda Zulma Guerrero Leal (Guerrero, s.f.):

La práctica de realizar reuniones periódicas con el objeto de socializar lecturas, a través de la discusión de libros y periódicos locales o extranjeros, y debatir problemas políticos, literarios o científicos, ha sido especialmente documentada para la capital del Virreinato de la Nueva Granada... Las primeras manifestaciones de tertulias en Santafé se dieron en las habitaciones de los estudiantes de los Colegios Mayores, pero paulatinamente se dieron en otros espacios, igualmente caracterizados por su privacidad, como las casas de particulares y la Biblioteca Pública. En palabras de Manuel del Socorro Rodríguez, un cubano que había llegado a Santafé con el virrey

Ezpeleta y director de la Biblioteca Pública del Nuevo Reino, la tertulia que él mismo organizó en dicha biblioteca era “una junta de varios sujetos instruidos, de ambos sexos, bajo el amistoso pacto de concurrir todas las noches a pasar tres horas de honesto entretenimiento, discutiendo sobre todo género de materias útiles y agradables (Guerrero, s. f.).

Según Guerrero (s.f.), las tres tertulias más famosas fueron *El Arcano de la filantropía* (1790-1794), organizado por Antonio Nariño; la *Tertulia Entropélica* de Manuel del Socorro Rodríguez, y la *Tertulia del Buen Gusto*, de doña Manuela Sanz de Santamaría.

La finalidad de estas tertulias se asociaba con el espíritu de la Ilustración, en donde además de divertirse, se buscaba sacar provecho intelectual y tratar temas relacionados con el progreso de la sociedad:

las tertulias se hacían en las últimas horas de la tarde, y allí se leían y discutían los periódicos y las lecturas de moda, así como literatura clásica; se imponían ejercicios y debates literarios y filológicos, como recitales de poesía. También era el espacio de discutir cuestiones de botánica e historia natural (una de las aficiones de Manuela Sanz), obras de autores clásicos, norteamericanos y franceses, entre otros. Además, se bailaban contradanzas,

<sup>1</sup> “El término tertulia está presente en el diccionario de autoridades sin ningún cambio en el siglo XVIII desde 1739, significando, para todos los casos, “la junta voluntaria, o congreso de hombres discretos, para discutir en alguna materia. La junta de amigos y familiares para conversación, juego y otras diversiones honestas”. Tertulio o tertuliano era el asistente a dichas reuniones.” (Guerrero, s.f.).

vales americanos y españoles y se disfrutaban de opulentas cenas, en donde no podían faltar el vino, las mistelas, los amasijos enviados por los conventos de monjas y el chocolate (guerrero, s.f.).

Nótese que fue en la *Tertulia del Buen Gusto* donde hizo presencia significativa la mujer, ya que fue impulsada por Manuela Sanz de Santamaría, con asistencia de Francisca Prieto y Ricaurte (prima de Doña Manuela), Josefa Ballén de Guzmán, Josefa Antonia Baraya (“Chepa”), la joven Tomasa (hija de Doña Manuela), quienes fueron las “Madres, esposas e hijas que avivan la revolución”, según nos lo recuerda Laura Daniela Buitrago (2012).

Esta tradición de las tertulias concentraba la vida cultural de Bogotá. En ellas se hacían presentaciones musicales y de obras dramáticas. “En las veladas nocturnas se tocaba en el piano las piezas musicales de compositores locales, y en las reuniones más numerosas se bailaba el pasillo, una forma de vals rápido llamado así por los pasos cortos que se daban al ejecutar la danza” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2015).

Pero las tertulias fueron decayendo y buscaron reanimarse en la segunda mitad del siglo XIX. Una de las tertulias más famosas fue la denominada *El Mosaico*, que existió entre 1858 y 1872.

¿Pero qué pasó con las tertulias y los cafés?

En el 2004 Rogelio Echavarría, quien participó en estos encuentros, decía:

Las tertulias ya no son iguales, porque anteriormente Bogotá era una ciudad más pequeña y los cafés de artistas eran famosos. Solo queda el café Oma de la 82, donde todavía vamos muchos; el café Automático, aunque no es el mismo que frecuentábamos con León de Greiff, y la Librería Biblos (Espitia, 2004).

No quiere decir que las tertulias hayan desaparecido: Gloria Luz Gutiérrez (amiga de María Mercedes Carranza), con Federico Díaz Granados, desde hace unos 14 años celebran tertulias en su apartamento de ella, con lecturas de diversos textos literarios, pero también montando el Premio Nacional de Poesía, presentando o lanzando libros, con presencia de connotados autores nacionales e internacionales como Mario Rivero, Juan Gustavo Cobo Borda, Nicolás Suescún, José Luis Díaz-Granados, Jaime García Maffla, Piedad Bonnett, William Ospina, JotaMario Arbeláez, Ernesto Lumbrella, Ramón Cote, y escritores como Fernando Toledo, Jorge Ariel Madrazo y muchos más<sup>1</sup>. Es todo un acontecimiento social.

<sup>1</sup> “El término tertulia está presente en el diccionario de autoridades sin ningún cambio en el siglo XVIII desde 1739, significando, para todos los casos, “la junta voluntaria, o congreso de hombres discretos, para discutir en alguna materia. La junta de amigos y familiares para conversación, juego y otras diversiones honestas”. Tertulio o tertuliano era el asistente a dichas reuniones” (Guerrero, s.f.).



**Foto 2.** Tertulia literaria en apartamento de Gloria Luz Gutiérrez



Fuente: [https://www.youtube.com/watch?feature=player\\_embedded&v=CvkYp6eP3D0](https://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=CvkYp6eP3D0)

Hay noticias de otras tertulias. Por ejemplo, las que se realizan los jueves cada 15 días en la Casa de Boyacá, las que se realizaban en el Plaza Café de Unicentro por personas de la tercera edad. También existen algunas más institucionales, como las impulsadas por la Biblioteca Luis Ángel Arango, la Secretaría de Educación, el Centro de Arbitraje y Conciliación de la Cámara de Comercio.

Se puede retornar entonces a la amable conversación. Desde esos diálogos socráticos, que buscaban encontrar la verdad (o al menos la paradoja), o los planteamientos de Montaigne sobre la conversación, el ingenio y la unidad fraterna (no sin conflicto muchas veces), pero pasando eso sí por los cafés aromáticos heredados de los otomanos, hasta llegar a los históricos lugares en Europa o Colombia, la conversación se convirtió en una pedagoga de los encuentros, de la expresividad y sobre todo de la creatividad intelectual. Ver juntas a luminarias de las letras, pero también de las artes y las ciencias, lleva a pensar que la fraternidad humana y la búsqueda del sentido son posibles y que el apartamento

del egoísmo y el instrumentalismo se hace realidad en el encuentro amistoso. Un mundo luminoso corre paralelo todavía frente al pesimismo que envuelve a nuestros días.

## Referencias

- Alcaldía Mayor de Bogotá. (Marzo 5 de 2015). *Galería Bogotá Antigua*. Enviado por Mleon. Disponible en: <http://www.bogota.gov.co/ciudad/historia>
- Boyacá Noticias.com. (2015). *Se crecieron las tertulias boyacenses en Bogotá*. Disponible en: <http://boycanoticias.com/se-crecieron-las-tertulias-boyacenses-en-bogota/>
- Buitrago, L. D. (6 de septiembre de 2012). Las mujeres de la tertulia del buen gusto y sus amores. *Revista Credencial*. Disponible en: <http://www.revistacredencial.com/credencial/content/las-mujeres-de-la-tertulia-del-buen-gusto-y-sus-amores>
- Camacho, D., Iregui, J. Merialde, L., Niño, G. & Sarmiento, C. (2009). *Café El Automático, arte, crítica y esfera pública*. Bogotá: Alcaldía de Bogotá. Universidad de los Andes.
- Cromos. (1962). *La historia del café El Automático*. Disponible en: <http://www.cromos.com.co/especial-95/articulo-141815-la-historia-del-cafe-el-automatico>

- Gómez, E. (2014). Zuleta: el amigo y el maestro. En Diez cafés con historia. *Revista Aquelarre*. Universidad del Tolima 13(26). Disponible en <http://revistapedagogicanuevaescuela.blogspot.in/2014/08/estanis-lao-zuleta-el-maestro.html>
- El Mundo (14 de noviembre de 2013). Disponible en <http://www.ocholeguas.com/2013/10/30/europa/1383126913.html>
- El Tiempo. (7 de febrero de 2008). *Café de Unicentro reúne a la tertulia más concurrida de Bogotá*. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-3949966>
- Espitia, C. (22 de junio de 2004). *En busca de nuevas tertulias*. El Tiempo. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1508115>
- Janick, A. & Toulmin, S. (1974). *La Viena de Wittgenstein*. Madrid: Editorial Taurus.
- Guerrero, Z. (s.f.) *Tertulias en Santafé a fines del siglo XVIII: libertad, placer y utilidad*. Disponible en: [http://www.larochela.unal.edu.co/literatura\\_01.html](http://www.larochela.unal.edu.co/literatura_01.html)
- Montaigne, M. (2010). Del arte de platicar. *Ensayos Escogidos*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán. (2009). Los cafés nacieron en Viena.
- Serrano, M. I. (31 de julio de 2013). *La nueva vida del Café Gijón*. ABC.es (Edición Madrid). Disponible en: <http://www.abc.es/local-madrid/20130731/abci-nueva-vida-cafe-gijon-201307311250.html>
- Téllez, H. (13 de junio de 1976). Los cafés que murieron el 9 de abril. *Lecturas Dominicales de El Tiempo*. Disponible en: <http://esferapublica.org/nfblog/los-cafes-que-murieron-el-9-de-abril/>